EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 24, TOMO II.—LUNES 28 DE JULIO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: Antonio de Leiva, por D. José Amador de los Rios.—El hermano de la mar, capítulo IX, por D. Tomás Rodriguez Rubí.—La mania de viajar, Poesía, por D. Manuel Breton de los Herreros.—Poesía lírica, por D. Gavino Tejado.—Revista teatral y Sucesos contemporáneos.

ANTONIO DE LEIVA.

Entre los graves deberes que habia contraido Cárlos V al ceñir las dos coronas de Aragon y de Castilla; no eran los de menor importancia el de rechazar las contínuas agresiones que hacian los franceses en el reino de Nápoles, recientemente agregado al imperio español, y el de conservar el dominio de aquella gran colonia, cuya posesion le aseguraba hasta cierto punto la supremacía entre todos los reyes de Europa. Desde los tiempos de Alfonso V de Aragon y de Renato de Anjou, pretendientes ambos á aquel trono, se habia establecido una especie de rivalidad entre Francia y España sobre quien deberia poseerlo, rivalidad que no habian bastado á desvanecer los triunfos de Terracina y del Ovo, ni las prodigiosas hazañas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, llevadas á cabo en el Garellano y en Cerinoula. Al asentarse el jóven don Cárlos en la silla conquistada por Fernando V, hubieron de renacer en el pecho de Francisco I todos los deseos que habia abrigado Luis XII, deseos que no lograron dar maduros frutos, merced á la espada del Gran Capitan; y rompiéronse al cabo las hostilidades, volviendo á ser Italia teatro de sangrientas guerras. No parecia sino que la antigua señora del mundo, al legar á la moderna Europa las artes y las ciencias del siglo de Augusto, estaba condenada á sufrir la misma ley que ella habia impuesto á todas las naciones.

Era la época de Cárlos V, la época de los grandes acontecimientos y debia ser tambien la época de los grandes hombres. Mientras Lutero y Leon X disputaban sobre la integridad católica, turbando el primero todas las conciencias, Francisco I y Cárlos V contendian tambien sobre la prepotencia política, conmoviendo al estruendo de sus armas á todos los pueblos de Europa. Ambas luchas eran grandes, ambas prometian al mundo inmensos resultados; pero ambas fueron muy luego desnaturalizadas, yendo el agustino alemam mas allá de lo que él mismo podia imaginarse, y quedándose el emperador mas acá del punto á donde parecian llevarle los sucesos. Sin embargo de todo, justo es convenir en que desde aquel tiempo datan los colosales adelantamientos de la humanidad en todas las ciencias; porque desde aquel tiempo data el libre y espontáneo ejercicio del pensamiento; porque no en valde dice la Providencia al género humano: «Levántate y pelea.» Las guerras de Italia y las guerras de Alemania trajeron, pues, á España las ciencias, la literatura y las artes; pero mientras la patria de Virgilio y de Horario nos admiraba con las creaciones de sus hijos, nosotros les enviábamos soldados, que la dejasen absorta á fuerza de proezas.

Entre los capitanes que en tan porfiada lucha se distinguieron, siendo el objeto de las alabanzas de unos y del odio encarnizado de otros, merece singular mencion el valeroso Antonio de Leiva, cuyo nombre han querido manchar algunos escritores de nuestros dias. Doloroso es en verdad el tener que vernos obligados, al tomar la pluma, á rebatir continuamente las calumnias de que son objeto constante nuestros compatriotas, y mas doloroso aun el encontrar entre los autores que con tanta ligereza han escrito nombres respetables en la república de las letras. Hásele acusado de haber cometido uno de aquellos crímenes que á ser ciertos, demuestran una perfidia y maldad de corazon incalificables, y como pruebas de la acusacion se han ofrecido las declaraciones de un hombre, á quien el tormento hacia delirar, y la enemistad y el rencor de un pueblo, muchas veces vencido y derrotado por el mismo Leiva. La muerte repentina del hijo mayor de Francisco I hizo sospechar á los franceses sobre si habria sido el príncipe emponzoñado: pusieron en el tormento al conde Montecuculli, que ejercia el oficio de copero, y aquel italiano de alma mezquina que llegó á entender que la opinion pública le designaba como asesino, ó queriendo evitar los dolores de la tortura ó vencido de su bárbaro rigor, confesó que habia envenenado al delfin, y que lo habia hecho por sugestiones de Antonio de Leiva, yendo hasta el punto de engendrar vehementes sospechas contra el mismo Cárlos V. Concíbese fácil-

mente que un pueblo, tantas veces ofendido con los triunfos de las armas españolas, abrigase tales sospechas y aun creyese firmemente que los capitanes nombrados por Montecuculli eran los verdaderos criminales. Lo que no se comprende es que pasada ya aquella época, desvanecida la enemistad entre las dos naciones, haya todavia escritores tan ciegos y parciales que se atrevan á repetir semejantes consejas. Ni Cárlos V ni sus capitanes, que protestaron solemnemente contra aquella torpe impostura, se podian proponer objeto alguno político, al intentar tamaños crímenes. «Ademas del delfin, dice el sensato «Robertson, tenia Francisco dos hijos ambos en «edad de sucederle y se hallaba él mismo en la flor «de su vida. Sin hablar tampoco del carácter del «emperador, á quien jamas se ha podido echar en «rostro una accion que se parezca á semejante atro«cidad, esta sola consideracion es mas que suficiente «para contrabalancear el peso de un testimonio equí«voco arrancado en medio de los tormentos: los his«toriadores menos prevenidos dicen que la muerte «del príncipe fué ocasionada por el agua fria que «bebió imprudentemente despues de haberse aca«lorado mucho, jugando á la pelota; y esta causa que «es de las mas sencillas aparece tambien como la mas «verosímil.» Este es el juicio que habia formado el historiador escocés, desvaneciendo tan temeraria acusacion y no pareciendo ya posible el sostenerla, cuando algunos escritores coetáneos se han encargado de reproducirla; llevando su osadia al estremo de inventar otras anécdotas no menos monstruosas, para preparar y hacer mas creible la ya referida. Cuéntase, pues, que habiendo pasado á Italia el emperador Cárlos V se le presentó Antonio de Leiva para darle cuenta de sus operaciones y del estado en que se hallaban los asuntos de la guerra. Entre las medidas que propuso al César fue una la de *asesinar* á todos los príncipes que tenian dominios en Italia: Cárlos V al escuchar proposicion tan estraña, presentada con la mayor sangre fria, no pudo menos de prorrumpir.—«¿Y mi alma?»—A lo cual repuso Leiva tranquilamente.—«Si teneis alma, abandonad el imperio.»—Inconcebible parece como ha podido escribirse tan grosera y feroz calumnia, que por hallarse en el *Diccionario biográfico universal* está destinada á ser repetida y glosada de mil maneras en cuantos diccionarios históricos se escriban en Francia. Nosotros nos creemos eximidos de responder á tales y tan sangrientas invectivas: ni Cárlos V, ni ninguno de sus soldados, siempre valientes y siempre nobles han menester de defensa, cuando los ataques que se les dirigen son de esta especie. La mejor defensa en semejantes ocasiones es el silencio.

El capitan distinguido, de tan grande valor como esperiencia, tan fértil en recursos como celoso de su honra (1), tan sufrido como afortunado, Antonio de Leiva, nació en un pueblo insignificante de Navarra de una oscura familia; no habiendo faltado historiadores que afirmen que fué su padre zapatero. La humildad de su nacimiento, que acaeció en 1480, siendo causa de que su educacion participara de no pocos resabios, fué tambien el móvil que le impulsó en su gloriosa carrera. Sentia Leiva dentro de su pecho un corazon animoso que necesitaba de otra esfera para respirar mas libremente; y como los dos únicos caminos que se ofrecian á su vista para ser algo en el mundo, para salir de la oscuridad de su estado, eran la vida religiosa y la vida militar, no titubeó en abrazar la última por mas inquieta y conforme con sus inclinaciones y la corta fortuna de sus padres. A los 18 años de edad pasó, pues, á Italia, alistándose como soldado en las banderas que iban á reforzar el ejército del Gran Capitan en sazon que subia al trono de Francia Luis XII, tan enconado antogonista del rey Fernando, como lo fué despues Francisco I de Cárlos V. Su estremado valor y su espíritu aventurero le conquistaron muy en breve la estimacion de sus jefes, escogiéndole siempre para las mas arriesgadas empresas. Gonzalo de Córdoba, que sabia apreciar y recompensar la bravura de sus guerreros, tuvo multitud de ocasiones, en que admirar la de Antonio de Leiva; y el hijo del zapatero alcanzó la honra de ver premiadas sus proezas por el capitan mas famoso de su siglo, cuya gloria debia heredar en el suelo de Italia. Pasó Leiva por todos los grados de la milicia hasta ponerse al frente de una capitanía de infantes, cuyo empleo desempeñaba ya en 1512 cuando ocurrió la batalla de Ravena, en cuya desafortunada contienda hizo prodigios de valor, evitando que cayeran en poder de los enemigos gran número de prisioneros, y teniendo la gloria de no perder un solo soldado en aquella difícil y peligrosa retirada.

Estos hechos en que daba claras muestras de inteligencia y de pericia, no pudieron menos de adquirirle mucha reputacion en el ejército, reputacion que crecia á cada paso con nuevos laureles. Las guerras que estallaron al poco tiempo de ceñir don Cárlos de Austria la corona del imperio y que debian conmover á toda Europa, fueron ancho campo en donde pudo desplegar Antonio de Leiva las alas de su génio militar, logrando colocarse al lado del Gran Capitan y mostrarse digno del monarca castellano, que empuñaba el cetro de dos mundos. A la cabeza ya de considerables fuerzas, marchó en 1523 sobre Milan, que se veia asediada por el almirante Bonnivet, y haciéndole levantar el cerco, lo arrojó en pocos dias de todo el Milanesado, cayendo despues sobre Valencia del Pó que habia tomado por sorpresa el denodado Galeas y apoderándose de ella al momento. Los proyectos de invasion que pusieron por obra el marqués de Pescara y el duque de Borbon, entrando en Francia por la Provenza, si bien no parecieron merecer entonces la aprobacion del soldado navarro, le presentaron nuevas ocasiones en que hacer prueba de su grande ánimo y de sus conocimientos militares. La nueva campaña del año siguiente de 1524, en que haciendo Francisco I un colosal esfuerzo, entró en Italia con un ejército poderoso, fué últimamente para Antonio de Leiva la mas propicia ocasion de aparecer á la faz del mundo tan hábil general como esclarecido soldado. Despues de algunos encuentros, en que ya llevaban lo mejor del campo los franceses, ya triunfaban los imperiales, se retiró Antonio de Leiva á Pavía, ciudad desolada por la peste que habia plagado á Italia, y resuelto á defenderla hasta el último estremo, trató de reparar sus murallas y fortalezas. Pero apenas habia tenido tiempo para hacer los mas indispensables aprestos, cuando el 28 de octubre apareció delante de la ciudad el ejército francés, alojándose el rey Francisco en la Cartuja que no distaba mucho de sus muros. Estableciéronse al momento las trincheras, apoderándose de los arrabales inmediatos y poniendo fuego á los molinos, esperaron por este medio que se verian los sitiados en la precision de rendirse muy en breve. Pero ningun resultado produjeron estas tentativas: Antonio de Leiva dispuso que se hicieran tahonas de madera en la universidad y en las iglesias, y el pueblo de la antigua Ticino no esperimentó por entonces ninguna falta ni carestía Apoderados entretanto los franceses de una torre cercana al Pó, estrechaban de dia en dia el cerco, dando ocasion á contínuas refriegas, hasta que el 16 de noviembre se dispusieron para un asalto general, confiando en que seria vana toda resistencia. Terrible fué la lucha sostenida por una y otra parte con un valor que rayaba en temeridad: los soldados de Francisco I tenian su rey á la cabeza y peleaban por el honor y por la gloria: los soldados españoles y alemanes que estaban acostumbrados á vencer, peleaban por su honra y por sus vidas. Al cabo los confiados franceses se vieron obligados á retirarse á su campamento, no sin intentar dos dias despues otro asalto que fué tanto mas sangriento cuanto era mayor el peligro de los sitiados. Veianse ya por tierra la mayor parte de los muros y el combate era por esta causa mucho mas peligroso y arriesgado. Los españoles dejaron henchidos los fosos de cadáveres enemigos, que arrastraron las aguas del Pó, y los franceses escarmentados de tantas pérdidas se retiraron á los reales, que hubieron de fortificar temerosos de alguna salida por parte de los soldados de Leiva. Este esperimentado caudillo, que siempre se ostentaba en mitad del combate, para animar á sus guerreros con su ejemplo y con sus palabras, dió aviso del éxito de los asaltos referidos al virey de Nápoles, y mientras dejaba á sus vencedoras huestes entregarse al descanso, reparó todas las brechas, levantando muros de madera y previniendo finalmente todas las necesidades.

Pasaron algunos dias sin que ocurriese cosa alguna notable, si bien iba haciéndose ya sensible en la ciudad la falta de víveres y mas que todo la carencia de dinero. Los alemanes, á quienes acosaba mas de cerca la necesidad, se dirigieron en tamaño conflicto á Antonio de Leiva pidiéndole sus soldadas para *vestirse y comer*, palabras de que usaron los que se le presentaron con esta demanda. Grande fué el apuro de Leiva, que reconociendo por una parte la justicia de semejante reclamacion, no podia por otra socorrer como deseaba, á sus menesterosos y valientes soldados. Pero el ingenio que habia desplegado en otras ocasiones no le abandonó afortunadamente en esta: dió una órden para que los mercaderes de paños vistiesen á los soldados, y dispuso el reparto de una contribucion en la ciudad para atender á su paga. Produjo la primera providencia el efecto apetecido y no sucedió desgraciadamente otro tanto con la segunda: las cantidades recaudadas apenas alcanzaban á llenar las mas urgentes atenciones, Antonio de Leiva acudió entonces al último recurso, dando la prueba mas solemne de su grandeza de alma y de su desprendimiento: mandó fundir su bajilla y satisfizo cumplidamente á los soldados. El hambre crecia sin embargo, viéndose reducidos los sitiados á comer carne de caballos y de asnos y á derribar las casas que habia dejado la peste deshabitadas, para mitigar el rigor de la estacion y preparar las viandas. En tal estremo quiso el rey de Francia ver si podia rendir por la astucia al capitan, á quien no habian intimidado las amenazas: envió á Leiva un religioso, que habia sido su confesor por mucho tiempo, para prometerle grandes rentas y honores si entregaba la ciudad; pero el valeroso caudillo que tenia mas cuenta con su honra que con sus riquezas, respondió á semejante propuesta: »Padre, si no »supiera que vuestra merced es un hombre de bien »y un cristiano religioso, le mandaria ahorcar con »esa linda embajada. Salga vuestra merced de Pa»vía al punto, y no vuelva á poner mientes en esto, »diciendo de camino al rey que le ha enviado aquí, »que Pavía está por el emperador: que si la quiere »es necesario que la gane con el hierro y con la san»gre de sus soldados.» Para atender á las nuevas é imperiosas necesidades que traia tan largo asedio, recurrió al fin Leiva á los canónigos; y las preseas y ornamentos de la catedral se trocaron muy en breve en dinero, socorro harto insignificante, cuando no habia en que emplearlo absolutamente. Los contínuos asaltos y escaramuzas tenian trabajados enteramente á los soldados á quienes fatigaba el hambre; pero á pesar de todos los auxilios que recibia diariamente Francisco I, llevaban siempre lo peor sus tropas, haciendo los españoles horrorosas carnicerías en cuantos se acercaban á las murallas.

Esta heróica resistencia que solo puede concebirse al saber el nombre del capitan, á cuyo cargo estaba el gobierno y defensa de la ciudad, no pudo menos de producir los mas favorables resultados. Cuatro meses habia durado el asedio, cuando el 24 de febrero avistaron desde lo alto de las murallas los pendones imperiales que se aproximaban al campamento francés en órden de batalla. Al contemplar Antonio de Leiva las enseñas de Pescara y de Borbon, vuelto á sus valientes, esclamó: «Ahora es cuando habemos menester de corazon, puesto que la victoria se nos entra por las puertas. Donde quiera que os lleve, sabed que os acompaña el honor de vuestro capitan.» Comenzóse al fin la batalla que se generalizó en breves instantes, empeñándose una lucha cruel, en que solo trataba cada cual de herir á su adversario. «Jamás, dice el mencionado Ro»bertson, se vieron dos ejércitos que combatieran »con mas furor; jamás se sintieron por ambas par»tes mas vivamente las consecuencias de la victoria »ó de la derrota; jamás se hallaron los combatien»tes mas animados por la emulacion, por la anti»patía nacional, por el resentimiento mútuo y por »todas las pasiones que pueden llevar el valor hasta »su mas alto punto.» Antonio de Leiva que desde las almenas de Pavía contemplaba tan encarnizada contienda, como contempla el águila la presa sobre

(1) Robertson, lib. IV, pág. 16, edicion de Amsterdan.

que se apresta á caer, encontró el momento que deseaba, al ver que las tropas suizas volvian apresuradamente la espalda, no pudiendo resistir el ímpetu de nuestra infantería. Con la rapidez del rayo salió de la ciudad con un puñado de valientes, y cayó sobre la retaguardia de los franceses con tanta furia que la desbarató enteramente, poniéndola en vergonzosa fuga. Este movimiento combinado casualmente con la carga que dió Pescara al frente de la caballería alemana á la francesa, decidieron la batalla á favor de las águilas imperiales. Derrotado por todas partes, por todas partes perseguido el ejército francés, apenas pudieron salvarse algunas tristes reliquias, quedando el mismo rey de Francia en poder de nuestros soldados. La batalla de Pavía acaecida en 24 de Febrero de 1525, dia del apóstol san Matías, puso término á aquella campaña, siendo conducido á Madrid Francisco I, en donde recibió el emperador tan fausta nueva.

Si Antonio de Leiva gozaba antes de estos acontecimientos de grande reputacion entre los capitanes de su tiempo, júzguese cuál seria el crédito que alcanzó despues de tantos combates y victorias. El emperador que tenia ya pruebas de su esfuerzo y de su talento, le confirió el gobierno del Milanesado que mantuvo en el mayor órden, defendiéndolo de las invasiones francesas, cuando puesto Francisco en libertad y olvidando el tratado de Madrid, del cual habia salido por fiadora su palabra real, volvió á llevar la guerra al centro de Italia. La vida activa de Leiva, las fatigas y privaciones que habia sufrido tantas veces, le acarrearon finalmente enfermedades y dolores que le obligaban á ir siempre en una litera. Al mismo tiempo que le asaltaron estos enfadosos achaques, vinieron los honores á coronar su frente tantas veces laureada por la victoria: el principado de Ascoli fué otra de las muestras de aprecio que recibió del César, agregándose á este título mas adelante el ducado de Terra-Nova y el almirantazgo de las Canarias. No le abandonó entretanto su espíritu guerrero, ni faltóle tampoco su actividad prodigiosa, arrojando en 1527 de Marignau al duque Francisco Sforcia, y arrebatando á los Médicis la fortaleza de Casal, cuya guarnicion fué pasada á cuchillo. Rechazó en 1529 á la cabeza de un puñado de valientes las invasiones temerarias que hizo en el Milanesado el conde de Saint-Pol, y por medio de una marcha imprevista le sorprendió, desbarató y cogió prisionero, destruyendo enteramente al ejército francés destinado á hacer la guerra en el territorio de su mando. Cuando en el siguiente año pasó el emperador á Italia, acudió Leiva á darle cuenta de sus operaciones: don Cárlos le recibió con la mayor benevolencia y para mas honrarle, le invitó á que se sentará á su lado, lo cual ejecutó el veterano de Navarra, guardando siempre una posicion respetuosa. El César le mandó entonces que se cubriera; pero Leiva lo rehusó del mejor modo posible, visto lo cual por el rey, se levantó con presteza y cogiendo el sombrero del capitan se lo puso él mismo, diciéndole que un general que habia hecho mas de cuarenta campañas, bien merecia sentarse y cubrirse delante de un emperador de treinta años.

Fué Antonio de Leiva nombrado en 1532 generalísimo de la liga contra Francia y siguió á don Cárlos en 1533 en la espedicion del Africa, llevada felizmente á cabo, con general aplauso del orbe cristiano. Aconsejó despues al rey, cansado ya de guerrear sin hallar término á tan porfiada lucha, como el único medio de domeñar la arrogancia de Francisco I, que llevase la guerra al reino frances; y el ejército imperial se puso en movimiento el año de 1536 contra la Provenza, llevando el terror á aquellas provincias, y poniendo sitio á Marsella. No fué Leiva sin embargo de esta opinion, insistiendo siempre en que no debian las vencedoras huestes de Italia detener su marcha hasta llegar á París, empresa que aun á los ojos del valeroso César parecia harto arriesgada, y que era designada por los demas capitanes como temeraria. La peste que sobrevino al ejército español, arrebatándole los mas denodados caudillos, alcanzó tambien al intrépido Antonio de Leiva, que aunque ausente conservaba todavía el gobierno del Milanesado, en cuyo cargo le sucedió el marqués del Gasto, personaje muy querido de Cárlos V. Grande fué el pesar que recibió éste con tan sensible pérdida, á la cual se añadian diariamente otras de consideracion, haciendo la epidemia de cada vez mas grandes estragos. Este azote no pudo menos de mover al César á tomar una resolucion para evitar la muerte de sus soldados: levantó pues el cerco de Marsella y mandó que condujesen el cuerpo del príncipe de Ascolí á Milan, ciudad en donde era estimado como un tierno padre; siendo enterrado en la iglesia de San Dionisio, en donde deben reposar actualmente sus cenizas. Lástima es ciertamente que carezca España de los huesos de uno de sus mas esclarecidos varones, á quien los estranjeros no titubean en señalar como el general mas esperto de la época de Cárlos V. Esta confesion universal y espontánea es la mas brillante aureola del hombre virtuoso y esforzado que desde la simple esfera de soldado llegó á ocupar uno de los primeros puestos del Estado, logrando que un rey como don Cárlos de Austria le sentase á su lado y mandára cubrirse en su presencia.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

EL HERMANO DE LA MAR.

CAPITULO IX

DE HERODES A PILATOS.

¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
(FR. LUIS DE LEON.)

Dos hombres habia en la popa de la fragata *Vengadora*, que así se llamaba el buque al que los afligidos náufragos de la *Esperanza* demandaron el último socorro, á los cuales no alcanzaron á ver estos mediante el estado de violenta agitacion en que se encontraban.

Era el uno como de cincuenta años de edad, de color oscuro, facciones bien pronunciadas, pero de estraordinaria dureza, y aunque el cargo que desempeñaba á bordo era de los mas importantes, desde luego por lo poco escogido de su lenguaje y lo rudo de sus maneras se venia en conocimiento de que pertenecia á una de las clases mas ínfimas del pueblo.

El otro era mucho mas jóven, de fisonomía dulce á par que enérgica, y en cuyos ojos se traslucia un valor personal á toda prueba. Vestia con la sencilla elegancia de un marino de buen gusto; era el piloto que llevaba siempre el derrotero de la *Vengadora*, y en aquellos momentos gobernaba con brazo vigoroso la nave disparada á través de las hirvientes ondas y sacudida por el ronco bramido de los huracanes.

Ambos habian visto al pasar la zozobrante barquilla, y ambos habian recibido distintas impresiones al contemplar aquel hórrido espectáculo. El primero echó sobre ella una mirada indiferente como si solo hubiera visto una de esas boyas que flotan en las bahías: el segundo dejó asomar á su semblante en medio de la confusion que le rodeaba, todo el interés y compasion de que son capaces las almas tiernas cuando la desgracia se complace en desplegar ante sus ojos uno de esos cuadros fúnebres sobrecargados de los mas negros colores, y en seguida miró á su compañero creyendo encontrar en él la correspondencia de iguales sentimientos; pero al observar la fria impasibilidad de su atezado rostro, y que las suplicantes voces de los que demandaban en peligro tanto una mano protectora, no encontraban eco en el glacial corazon de aquel hombre, indignado de tanta inhumanidad rompió el silencio abandonando el timon en los momentos en que mas necesitaba de la destreza de su segura mano.

—Por el alma de mi madre, que no gobierno mas!

—¿Qué es eso, Zeñon Placeres? ¿quiere vd. que nos lleven los demonios?

—Que nos lleven en buenhora; así como así, Dios no puede proteger á los navegantes que abandonan á sus hermanos.

—¡Qué hermanos, ni que niño muerto! harto haremos con atender á nosotros...

—Escúche vd. *Rompientes*, dijo el piloto con resolucion; aquí no hay nadie mas que yo que pueda sostener el rumbo, porque el capitan está mas muerto que vivo hace cinco dias, y así se cuida él de la borrasca como de tener salud; pero porque él esté desesperado ¿lo hemos de estar los demas tambien? vd. representa su persona en la parte administrativa; pero yo tambien le represento en la científica, y lo que es en este momento la segunda es la que mas falta nos hace. Pues bien; yo abandonó á la *Vengadora* á su destino, que ya puede vd. comprender el que será, si no recojemos á esos infelices que imploran nuestro favor.

—Zeñon Placeres! güelva vd. con una jonda é condenaos á aferrarse á la *caña* y no quite los ojos de la bitácora, porque de tó necesitamos. Dejémonos de cuentos, y tenga vd. presente que si nuestro capitan en lugar de haber largao el ancla en su camarote, estuviera en franquía sobre cubierta, ya le habria botado á vd. con toda su caridad, y á estas horas estaria haciendo compañía á los tiburones del golfo.

—O no, que está mas abajo; ademas ahora no se trata de eso, sino de cumplir con el deber de los hombres generosos, y con la obligacion de todo buen marino.

—Levante vd. los ojos, dijo *Rompientes* con un tono que indicaba lo poco dispuesto que se hallaba á ceder; y mire el gallardete que llevamos en el tope del trinquete.

—Comprendo, señor contramaestre; ese lienzo es tan negro como los pensamientos del capitan, y es tambien la señal perpétua del luto de que se halla cubierto su corazon; pero ¿qué tiene que ver eso con que dejemos de amparar á los que de cerca amaga una muerte segura?

—Vd. no conoce por lo visto la historia de nuestro capitan.

—Ni quiero que se moleste vd. ahora refiriéndola, porque no es la mejor ocasion para perder el tiempo. Será todo lo que vd. quiera: le habrán sucedido grandes infortunios cuando hace tanto tiempo que va errante por los mares, y apenas se deja ver de su tripulacion; pero á pesar de todo yo insisto en mi propósito.

—Señor piloto, sigamos nuestro camino, porque eso es pedir cotufas en el golfo.

—Pues que! ¿somos piratas?

—No tal, ni la virgen del Cármen lo permita: somos na mas que unos viajeros que estamos al servicio de un hombre, viajero tambien, que no da ni pide alafia por nada de este mundo.

—Pues es menester que esa regla tenga hoy una escepcion. Cuando yo he tomado plaza á bordo de la *Vengadora* no se me ha puesto al corriente de esas leyes que á haberlas conocido me hubiera quedado en tierra: el capitan se está muriendo; en ausencia suya yo soy el que gobierno, por consiguiente voy á virar y á mantenerme sobre la banda de babor por si es que puedo recogerlos.

—Zeñon Placeres! vd. va á conseguir que el *Hermano de la mar* nos largue el pasaporte para el otro mundo.

—Déjelo vd. á mi cuidado.

—Mire vd. que si él vé mujeres á bordo será capaz de dar barreno á la *Vengaora*.

—¿Y qué necesidad tiene de verlas? dijo el piloto maniobrando; bueno está él para cuidarse ahora de nada: ademas las dejaremos en tierra á la primera ocasion, y Cristo con todos.

—Hum! murmuró *Rompientes*.

—Vaya! á no pensarlo mas: ya nos hemos puesto en facha, la mar se va aplacando y no será difícil que atraquen á la fragata. Venga el anteojo de noche á ver si los descubro...

—Tome vd.: así vea el Zeñon piloto la gloria como yo estoy viendo el infierno que aquí se va á meter.

—Allí están!... dijo *Placeres* sin oir la jaculatoria del contramaestre; yo los creí á mas distancia, pero la mar los favorece y los empuja hácia acá. Pobres muchachas! están muertas de susto...

—Ahí está la madre del cordero, Zeñon *Placeres*. Es vd. el hombre mas enamorao que he cono-

sio y estoy seguro que á no ser por el amor no fuera osté tan caritativo.

—¿Por qué?

—Porque sí; porque á cualisquiera hora hubiera vd. cambiao de rumbo pa socorré á naide si no fuera por esas dos muchachas que ha descubierto en el lanchon. No, que no sabremos aquí las entrañas que tiene cada cual: si hubieran sido hombres solos, hubiera vd. mandado echarles un cabo y si lo tomaban bueno, y si no, buen viaje...

—La bocina! pronto!... dijo el piloto que no se cuidaba de atender á la charla de *Rompientes*.

—Allá va la bocina: tómele vd. bien la embocaura pa que zalga la voz bien entoná y no ze la yeven las rachas de levante á sotavento.

—¡Ah de la lancha...! gritó el piloto con voz de trueno. ¡Ah de la lancha!... repitió dos veces, y á la tercera un eco lejano confundido con los bramidos del oleaje y los zumbidos del viento, hizo llegar á sus oidos estas palabras:

—¿Qué dirán?.....

—Seguid de proa... (volvió á gritar el piloto...) siando un poco á estribor!...

PLACERES.

—Pronto los tendremos en casa, porque sin anteojo los estoy viendo á veinte brazas, dijo Rompientes.

—¿Y no será una satisfaccion para nosotros que tantas personas conserven la vida por nuestros esfuerzos?

—Alto ahí: que yo no paso por esa: si ellos no hubieran tenío mas amparo que el de este cura, dijo Rompientes recogiendo el brazo derecho y señalándose con el pulgar; ya estaban aviaos. Yo en este lance hago lo mesmito que dicen que hizo el Zeñon Poncio Pilatos cuando se trataba é la muerte é Juas... me lavo las manos: allá vd. se las componga con el capitan, si es que hoy da cuenta é su presona; porque lo que es yo me voy á encerrá en la boega con un tarro de Ginebra, porque dende aquí en adelante me paese que vamos á correr otra clase de borrasca.

—Un cabo! un cabo!... dijo el piloto, que ya están á la voz.

Uno de los muchachos mas forzudos que tripulaban á la *Vengadora*, lanzó con el mayor acierto salvando la distancia que los separaba, un cabo á los desesperanzados pasajeros de la perdida *Esperanza*. Asiéronse á él los que ya contaban con un seguro sepulcro en aquellas revueltas olas, y pocos minutos despues se trasbordaron á la fragata en la que fueron recibidos por *Rompientes* y conducidos á la cámara de proa con el mayor misterio y precipitacion. El piloto D. Luis de Figueroa, á quien hasta ahora solo hemos oido llamar por el pseudónimo de *Placeres*, no pudo saludar á las fatigadas viajeras, porque en aquellos momentos la maniobra que estaba mandando para volver á tomar el rumbo perdido, reclamaba su presencia en la popa y la barra del timon habia menester de su inteligencia y de la pujanza de su brazo.

Al entrar en el camarote de proa, Rompientes, dirigió á los náufragos este brúsco cuanto lacónico discurso.

—Caballeros! dijo sin escluir á las damas de este apóstrofe; aquí no hay mas que lo que se vé, con que apañarse cada quisque como pueda: al fin y á la postre mejor es esto que andarse dando tumbos en un bote por esos andurriales. Por lo é mas la *Vengaora* es la primera vez que ha arriao velas para dar cuartel á los desgrasiaos; pero gracias al piloto *Placeres*, hoy hemos quebrantao la consinia, que pué ser, si el capitan no se va á pique, que nos cueste algunos golpes de rebenque. Aelantre! cudiao con salir de aquí, ni desir esta boca es mia, porque entonces se acabó lo que se daba. Yo les traeré algunos alimentos para acayar el boquis, y no hay que rezoyá. Con que buenas noches.

Y salió del camarote cerrando la puerta por defuera, y dejando atónitos á los que apenas se atrevian á dar crédito á los graves acontecimientos que habian ocurrido en tan corto espacio de tiempo.

D. Julian y el piloto de la *Esperanza* eran los que conservaban mas serenidad que sus compañeros: las dos muchachas ateridas por la fria humedad de que estaban empapadas se retiraron á un rincon para secar sus vestidos de la mejor manera que les fué posible, arropándose con unas mantas que encontraron, y formando lecho con unas lonas viejas que yacian abandonadas por inútiles. D. Roque de Medrana era ciertamente el mas afectado con aquellos contratiempos. Tendido sobre las costillas del buque, cualquiera le hubiera tenido al notar su inmovilidad por un ahogado de tres dias, á no ser por sus frecuentes aspiraciones y por los hondos suspiros que de cuando en cuando se escapaban de su angustiado seno. Sus cabellos largos y lasos destilaban todavía el agua de los muchos golpes de mar que se habian estrellado sobre su frente cadavérica, y tan abatido estaba, que comparado con sus compañeros de infortunio, parecia que él solo era el que habia corrido por todos los peligros de aquella desastrosa navegacion.

—¿Qué tal? señor Medrana; le dijo don Julian en tono festivo: ¿quién podia imaginar que ibamos á ser socorridos? Amigo, no podemos quejarnos de nuestra suerte porque ya estamos de lo vivo á lo pintado.

—Pero... ¿adonde estamos? dijo Medrana con voz desfallecida; yo hace muchas horas que no sé de mí... y desearia que no fuera todo esto alguna horrible pesadilla... ¿estamos todavía en el bote?...

—Hombre no! abra vd. esos ojos, levante esa cabeza y verá que hemos mudado de habitacion ganando mucho en el cambio.

—Ah!... sí... dijo Medrana tendiendo una mirada vacilante por el incómodo camarote; esto... efectivamente es un palacio comparado con aquel cascaron de nuez...

—Por supuesto! no tiene mas de malo este palacio, dijo don Julian bajando la voz, sino que pertenece al *Hermano de la mar*...

—Es decir, que hemos venido á parar de Herodes á Pilatos.

—Quién sabe...

—Ay! sí señor; no lo dude vd..... porque yo estoy destinado á correr siempre con temporal... me parece que hemos abordado á unos piratas...

El piloto de la *Esperanza* se sonrió con desden, y al notarlo Don Julian le preguntó con curiosidad.

—¿Conoce Vd. algunas circunstancias de la vida de ese hombre misterioso?

—No señor, ni creo que de su tripulacion tenga nadie noticia de ellas, fuera del grotesco personaje que nos ha conducido hasta aquí. Me he sonreido al oir lo pronto que el pavor del señor Medrana lo ha calificado de pirata, calificacion que á la verdad no tiene el menor fundamento porque jamas se ha oido del *Hermano de la mar*, hecho ni accion ninguna que lo acredite.

—Pues entonces ¿qué significa esa bandera negra que segun he oido decir mantiene siempre izada?

—En el palo en que se encuentra no quiere decir mas sino que el buque está de luto; y confirma esta creencia la circunstancia de haber visto á su dueño vestido completamente de negro las pocas veces que ha saltado en tierra.

—De modo, que este hombre es una especie de solitario de los mares?

—Así parece; y este aislamiento y esta conducta tan singularmente sombría es la que le ha dado el sobrenombre entre los marinos del *Hermano de la mar*, porque no parece sino que no pueden existir el uno sin el otro.

—Daria cualquiera cosa por conocer la historia de ese hombre.

—Y yo, dijo Eugenia.

—Y yo tambien, añadió Carlota, repuestas ambas de los pasados sustos y fatigas.

—En cuanto á mí, esclamó Medrana, no me acosa tan de cerca la curiosidad de saber los pormenores de la vida del capitan que nos tiene á su bordo, porque presumo que serán atroces. No hay

ROMPIENTES.

mas que recordar las palabras que nos ha dicho ese marinero que nos ha empaquetado en ese camarote para venir en conocimiento de lo que todo ello puede ser y de lo que podemos esperar. Dijo, señores, que esta era la primera vez que la *Vengadora* daba cuartel, y eso porque su capitan estaba enfermo, pero que calláramos y no saliéramos de aquí porque entonces....entonces....¿qué fué lo que dijo que nos esperaba?.....ah!....que se acabaria toda consideracion; lo que yo he traducido como si nos hubiera dicho que nos pondrian de patitas en la calle.....con que por Dios! nada de averiguar vidas ajenas y sobre todo, vidas tan profundamente veladas como la de ese respetabilísimo capitan. El, por lo dicho, parece que ignora que estamos aumentando la dotacion del buque, y será bueno que aprovechemos el aviso de nuestro introductor, que en medio de todo sospecho que es un buen hombre, porque lo demas seria una temeridad.

—¿Con qué Vd. insiste en su primitiva creencia? dijo don Julian.

—Ay! si señor; no las tengo todas conmigo por mas que el señor piloto sea de distinto parecer sin duda por tranquilizarnos.....

—¿Sabe Vd., amigo Medrana, repuso don Julian con acento de zumba, que seria una broma harto pesada que vinieramos á acabar nuestra vida pendientes de una entena.....?

—If!!!.....dijo Medrana tiritando.

—O atados espalda con espalda, y al charco añadió el piloto.

—Of!! ¡Madre de los navegantes pasivos! esclamó don Roque: no comprendo como pueden Vds. hablar tranquilamente de un asunto que á mi me crispa, me horripila!.....y lo peor de todo es que hay muchas probabilidades de que todos esos pronósticos se verifiquen, en primer lugar porque no seria el primer ejemplar de que han sido testigos estas aguas, y en segundo, porque todo puede esperarse de la fama y aspecto de estas gentes.

—Señor Medrana! dijo Eugenia desde su rincon; ¿sabe Vd., que es Vd. el único hombre que se puede encontrar mas á propósito para infundir ánimo en un caso apurado?

—Y para acometer con audacia los peligros, añadió Carlota.

—Señoritas! contestó Medrana dando salida á un sordo suspiro; sentiré que con mis predicciones se atenue el espíritu varonil de que las he visto animadas en los mas críticos momentos, espíritu envidiable ciertamente, pero que yo no puedo poseer porque mi esperiencia y mis conocimientos náuticos me hacen presentir las catástrofes anticipadamente. Yo, por ejemplo, antes de embarcarme estuve contemplando el brillo de los astros, el vaporoso círculo con que aparecia la luna, las rojizas y cenicientas manchas que dejaba en el horizonte el sol poniente, el color amarillento de la luz, unido todo al ahullido de los perros y al escarceo de los caballos, y todas estas señales evidentes de mal tiempo me hicieron adquirir la certidumbre de la espantosa borrasca que hemos corrido, y aun sabe Dios si todavia seremos víctimas de ella. Y como segun he leido, no se donde, porque mi cabeza no está ahora para citar autores, dicen que las desdichas son cobardes porque nunca vienen solas, hé aquí porque estoy ya sintiendo otras nuevas al verme en poder de estas gentes de reputacion equívoca y de las que se cuentan tantas cosas.

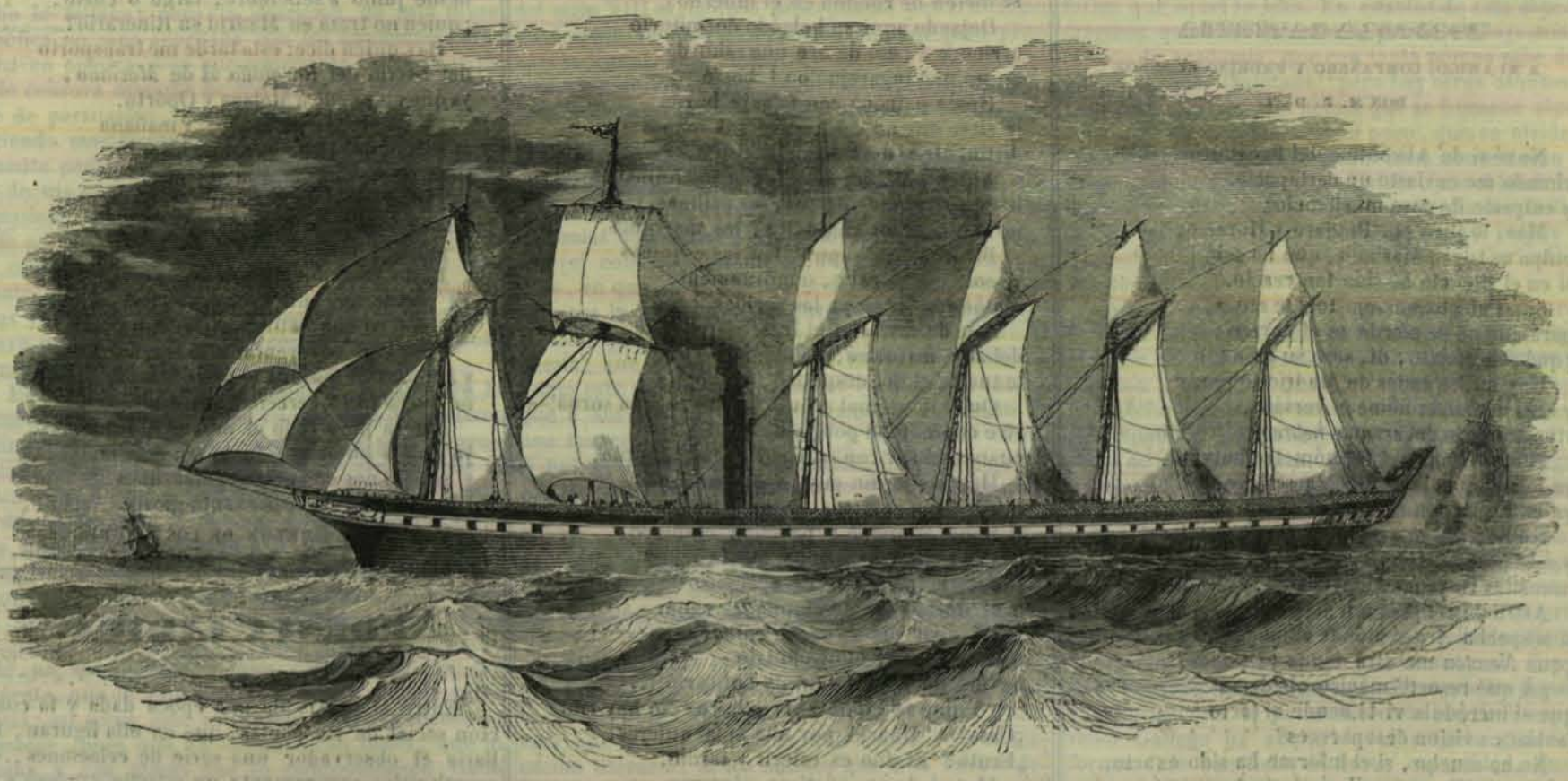
—Enfrene Vd. su exaltada imaginacion, amigo Medrana, dijo con calma don Julian, porque en cuanto á eso debe Vd. de estar tranquilo mediante á lo que ya nos ha dicho el señor piloto de nuestra perdida *Esperanza*.

—Con efecto; dijo este; me parece que es atormentarse inútilmente pensando en lo que pueden hacer de nosotros nuestros huéspedes, contra los cuales nada puede decirse sobre este particular. Es cierto que no deja de llamar la atencion de los marinos la conducta misteriosa que observa el *Hermano de la mar* en los tres ó cuatro años que hace que se le conoce cruzando en todas direcciones estas aguas y las de todo el continente indiano.

—Y ¿qué es lo que se dice de él como positivo? le interrogó don Julian.

—Sí, sí!.....apoyaron las muchachas, aplicando atento oido.

—Es bien poco, porque á todos nos tiene con la misma curiosidad. Por la relacion de algunos de los que han servido á su bordo, se sabe que es un hombre jóven, de buen cariz, en el que tiene el sello de la mas profunda melancolía: se



asegura que es español, aunque habla poco y eso generalmente en inglés: que debe de ser muy rico, porque ademas de ser dueño del buque, no comercia ni tiene consignatarios ni armadores; que navega siempre con bueno ó con mal tiempo sin comunicar con nadie, y que jamas, por fuerte que sea el viento arria velas, como esta tarde lo hemos visto, lo que equivale á estar desesperado y á ir buscando la muerte, que el dia menos pensado de seguro encontrará. Esto es todo lo que de él se sabe, y repito que no esperaba en nuestro desastre que la *Vengadora* nos habia de recojer, porque cuentan que jamas lo ha hecho con nadie ni á nadie ha pedido amparo, lo mismo que si navegara por aguas enemigas, ó por regiones enteramente desiertas.

—No deja de ser interesante el porte de ese capitan, dijo *Buenaventura* reflexionando en las causas que podian obligarle á proceder de tal manera.

—Oh! mucho! dijo con admiracion una de las muchachas, entre las que se estableció á *sotto voce* el siguiente diálogo.

—¡Qué hombre tan singular! dijo Carlota.

—Y es jóven, murmuró Eugenia.

—Y es español.

—Y melancólico.....y valiente hasta la temeridad.....

—Por su puesto: ¿has visto tu á ningun marino que sea cobarde?

—¿Sabes, Carlota mia, que sin haber visto á ese hombre me atrevia á dibujar su retrato?

—¿Nada mas que por lo que hemos oido?

—Y no es bastante? los hombres estraordinarios todos se parecen.

—Sospecho, Eugenia querida, que te ha hecho mucha impresion la breve historia del *Hermano de la mar*.

—Creo que sí: no gusto de hombres vulgares.....

Aquí llegaban cuando se abrió con estrépito la puerta del camarote.—Medrana se estremeció.

Era *Rompientes* que llegaba cargado de botellas de algunos trozos de carne salada, y de tal cual galleta para que los náufragos se confortasen.

—Aquí está esto, dijo colocando sobre las desnudas tablas del camarote la abundante provision; á tomar un piscolavis, y si está de Dios que entreguemos la pelleja, á lo menos que nos encuentre bien cebaos

—Gracias, amigo mio, por tantos favores; dijo don Julian.

—Aun no es tiempo de que usté me las dé, porque no se yo si son favores los que les estamos haciendo, ó si son otra cosa.

—Cómo!.....esclamó Medrana lleno de espanto.

—Comiendo y la boca abriendo; contestó Rompientes con su natural desenfado, disponiéndose á salir.

—Pero al menos díganos usté.....

—Ya está dicho to.

—Adonde llevamos la proa? volvió á insistir el pseudo marino.

—A los infiernos! gritó Rompientes saliendo del camarote y cerrando brúscamente la puerta.

—¿Qué ha dicho.....? ¡á los infiernos!.....¿lo ven ustedes? ¿y ahora,...? no ha sido esto venir de Herodes á Pilatos?

—Me parece propuso D. Julian que lo mejor que podemos hacer es aprovecharnos de la generosidad de nuestro huésped dando principio á nuestro banquete.

—Opino por lo mismo, dijo el piloto.

—Qué remedio, añadieron las muchachas; sigamos el consejo de nuestro carcelero.

—¡Bienaventurados los que han hambre y sed, y comen y beben bajo la influencia de auspicios tan funestos! esclamó el visionario Medrana.

—Siga usted nuestro ejemplo, que no le pesará.

—Haré un esfuerzo.

Y como si los desastres pasados y los peligros presentes no hubieran exsistido ó se hallarán á una distancia inofensiva, se pusieron todos á devorar aquellas groseras viandas que pocos dias antes ninguno se hubiera atrevido á tocar ni á sospechar siquiera que algun dia habian de servir para regalo de su apetito.

Cenaron todo lo alegremente que su posicion les permitia; aunque por los tumbos y fuertes ondulaciones de la proa, todos comprendieron que seguia la borrasca, procuraron entregarse al sueño que por cierto no tardó mucho en cobijarlos bajo sus benéficas alas.

Al rayar el alba del dia siguiente, se presentó en el camarote el piloto Placeres con el semblante asaz demudado.

—Buenos dias.—¿alguno de ustedes es médico ó entiende algo de esta ciencia? Al físico de abordo nos lo ha llevado la mar esta noche y el capitan está muriéndose, por lo que necesita de algunos auxilios.

—Yo, aunque no profeso la medicina, dijo D. Julian, he dedicado algunos años de mi vida á hacer investigaciones.....

—Corriente! Mas vale algo que nada, y ruego á usted que se sirva acompañarme á la cámara de popa.....

—Al momento.

—Iremos tambien nosotras, padre mio, esclamó Eugenia asustada al ver que la separaban de su padre.

—Señorita, es imposible. El capitan, siento mucho decírselo, profesa un horror profundo á las mujeres, y aunque en la actualidad no conoce á nadie, sin embargo, su presencia pudiera sernos fatal. Tranquilícese usted, que yo le empeño mi palabra de honor que volveré con este caballero dentro de breves instantes.

Y saludando graciosamente á las damas, salió seguido de D. Julian, quedando todos en espectativa y aguardando su retorno con impaciencia.

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

LA MANIA DE VIAJAR.

EPISTOLA SATIRICA

A MI AMIGO, COMPAÑERO Y PADRINO EL SEÑOR DON M. R. DE T.

No sé si de Alicante ó del Provencio
rimado me enviaste un cartapacio
y culpaste de paso mi silencio;
Mas, lo juro por Píndaro y Horacio,
culpa es tuya, Mariano, que no mia,
si en el silencio he sido tan reacio.
Si mi afecto una epístola te envia,
para que no se pierda en el correo
¿qué sobrescrito, dí, será su guia?
Hoy en las calles de Madrid te veo,
y eres mañana, nómada versátil,
vivo traslado del *errante hebreo*.
Mas vario que el termómetro bursátil,
ya te alberga el fragoso Maestrazgo,
ya en Elche comes amarillo dátil.
No hay dia en que no pagues el portazgo
y solo para postas y mesones
necesitas tu pingüe mayorazgo.
Astro de eclipses mil y nubarrones,
si sospecha *Aragó* dónde amaneces,
¿qué *Newton* me dirá dónde te pones?
¿A qué resorte mágico obedeces
que si incrédula vista acude al tacto
fantástica vision desapareces?
No ha mucho, si el informe ha sido exacto,
que en un ferro-carril viajar te han visto,
que es viajar poco menos que en abstracto.
Cuando te hacía yo comiendo pisto
del edetano Turia en las orillas,
camino de París ibas tan listo,
Y ya apenas distabas veinte millas
de la antigua Lutecia cuya corte
tantas encierra y tantas maravillas.
Pero el gas que impulsaba tu transporte
¿no pudo trasegarse á tu cabeza
y virarla al oeste desde el norte?
Mientras «París» mi sobrescrito reza
quizá en Liorna ó en Ginebra te halles,
quizá en las lomas de Úbeda y Baeza,
O al menos en los átrios de Versalles
á fuer de buen patriota recordando
la rota del francés en Roncesvalles.
Mas me ocurre una idea. Si te mando
la carta «á don.....*et coetera*.....en el mundo»
tú la recibirás.....Dios sabe cuándo.
Y ahora ¿qué te diré? Yo tan fecundo
un dia como el vate que en el Istro
lloró de Octavio el ceño furibundo,
Apenas si figuro en el registro
del Parnaso español,—¡mal mi pecado!—
desde que *gaceteo y administro*.
De *letras* por do quiera bloqueado,
solo ya las conozco por el *tipo*:
mi númen no es ya *Apolo*; es el *Estado*;
Y aunque le rija el que escribió el *Edipo*
el *Estado* es prosaico, aqui y en Asia,
y yo de su influencia participo.
Háblame de *glosilla* y *atanasia*
y de alternar edictos y decretos
con noticias de Chile ó de Circasia,
Mas no de versos fáciles, discretos,
que sabe Dios, Mariano, lo que sudo
para hacer esta ristra de tercetos.
¡Feliz tú á quien destino menos crudo
deparó venturosa independencia!.....
(Y no lo digo, á fe, porque eres viudo.)
¡Dichoso tú que sin Real licencia
puedes ser perdurable parroquiano
de todo conductor de diligencia!
Yo tambien lo que resta de verano
esquivara el rigor de Febo intonso
lejos de este bullicio cortesano,
Ya fuera mi mansion San Ildefonso,
ya el templo insigne do á la pompa augusta
hunde en la nada fúnebre responso.
Que es cosa natural y á todos gusta
como el caliente hogar en el invierno
buscar el fresco en la estacion adusta.
Mas, ¡cuántos necios hay, Dios Sempiterno,
cuántos que por huir del purgatorio
se meten de rondon en el infierno!
Dejando aqui su holgado dormitorio
arrienda á peso de oro una zahurda
en un mal lugarejo don Liborio.
Hosca patrona con su saya burda
le sirve que no sabe entre sus manos
distinguir la derecha de la zurda.
Antes que Dios alumbre á los humanos
le despiertan los perros, las gallinas,
las moscas, los chiquillos, los marranos.
Bigardos que apuntalan las esquinas
ve solo por la calle, ó mútuamente
matándose la caspa las vecinas.
Sale de casa con el fresco ambiente
del alba matutina, y cuando torna
le tuesta el Sol despótico, insolente;
Que sin un mal arbusto,—¡es mucha sorna!—
vive contento el poblachon grotesco
cuando el sur con su aliento le abochorna.
Hay un jardin cuyo apacible fresco
puede ofrecer á tus ardores tregua,
y tiene estanque y pabellon chinesco;
Pero dista lo menos media legua
y pasarla pedestre es necesario
ó al duro trote de alquilada yegua.
¡Y vivir dia y noche solitario
ó someterse al obligado trio
de fiel de fechos, cura y boticario!...
¿Y qué se come allí? ¿Pesca? No hay rio:
¿Caza? A Madrid por ella si la quieres:
¿Fruta? El año es estéril y tardío.
Mas si deseas rústicos placeres
sal al campo y verás cómo prodiga
sus tesoros en él la madre Ceres.
¡Oh qué recreo la dorada espiga
ver, y girando el pedernoso trillo,
y el merodeo de afanosa hormiga...
Si este placer bucólico y sencillo,
que admiro yo... en Virgilio y en Valbuena,
no fuera precursor de un tabardillo!
Mas quien, mártir sin gloria, se condena
á pasar mas trabajos que Tobías,
con su pan se lo coma norabuena.
¡Tiene la moda, á fé, raras manias!
¿Qué dirian los padres de mi abuelo
si volvieran al mundo en nuestros dias?
Contentos con su hogar y con su cielo,
solo usaban la mula y la gualdrapa
para dar un vistazo á su majuelo,
Y apenas conocian por el mapa
la córte del austriaco y la del ruso,
los dominios de Argel y los del Papa.
Hoy hemos dado en el contrario abuso.
Ya español que no viaja se denigra.
Nadie está bien en donde Dios le puso.
Ya se ve; como siempre aquí peligra
media nacion si triunfa la otra media,
cuando descansa Pedro, Anton emigra;
Y como dura tanto esta comedia
en peripecias trágicas fecunda,
sed de viajar á todos nos asedia.
Quién va á Cestona, quién á la Borunda;
éste lleva al Molar su cataplasma;
aquel sus nervios á la mar profunda;
Y mientras otro en *Pau* se cura el asma,
á la Suiza un *Simplon* su viaje emprende
y al ver á su *tocayo* se entusiasma.
Manda el buen tono caminar allende
del áspero y selvoso Pirineo:
á Lion, á Paris, á Lila, á Ostende;
Que es chavacano y mísero el deseo
del que solo camina hasta Segovia
ó cuando más se aleja hasta Bermeo.
Aunque á Berlin no llegue y á Varsovia,
¿qué dama de este título es ya digna
si no ha pasado *el puente de Behovia*?
La *leona* que falta á la consigna,
porque el oro no cuenta en abundancia,
á esconderse en Buitrago se resigna;
Y por salvar, ¡pueril estravagancia!,
la negra honrilla, escribe en la tarjeta:
«fulana se despide para *Francia*.»
¡Y tan mal á la España se interpreta
que la tildan de pueblo *estacionario*,
comparable á lo sumo con Damieta!
Sin contar tanto viaje involuntario,
desde junio á setiembre, largo ó corto,
¿quién no traza en Madrid su itinerario?
Hay quién dice: esta tarde me transporto
del barrio del *Barquillo* al de *Moriana*,
ya que no puedo á Málaga y Oporto.
¿Y no vive viajando hoy y mañana
el asíduo parásito que hambriento
siete mesas invade á la semana?
¿Qué hacen sino viajar á todo viento
tanta *movilizada* pelandusca
y pillos y tahures mas de ciento?—
Basta. Sin duda mi razon se ofusca.
El placer inocente de los viajes
no merece una sátira tan brusca.
Para algo se inventaron los carruajes
y á mozas de posada y postillones
no fuera justo cercenar sus gajes.
Mueva pues todo el mundo los talones
ya que la humana vida es *transitoria*,
y si aquí nos dá vuelcos y ladrones
Dios arriba nos dé su santa gloria.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

POESIA LIRICA.

Entre la poesía de una época dada y la condicion social de los poetas, que en ella figuran, hallaria el observador una série de relaciones, que constituirían seguramente un estudio curioso y útil en gran manera. Veríase el origen de ciertas manias poéticas, que revelan el modo de existir de la sociedad en que aparecen, y se comprenderia tambien hasta que punto las creaciones del ingenio llevan ese sello de individualismo, que tienen siempre todas las obras humanas.

Nuestros poetas del *siglo de oro* eran por lo general soldados ó eclesiásticos: muchos, ó por mejor decir, la mayor parte fueron una cosa y otra. Pasaban su juventud en las campañas de Italia y de Flandes; gozaban de aquella vida libre y alegre, que no da lugar á meditaciones profundas: decoraban su ya rica imaginacion con las galas que les prestaban los triunfos de Marte; y á vueltas de esta preciosa adquisicion debilitaban la energía de su espíritu con esa superficialidad, que ordinariamente le infunden las lides de Venus, especialmente cuando se cambia á cada momento en ellas las arena del combate. De ahí esa mezcla de *matonismo* y de galantería, de altivez y de frivolidad; de ahí la ampulosidad que ordinariamente se halla en los cantos bélicos, y el helado *discreteo*, que carecteriza las canciones amorosas de nuestros antiguos poetas. Pero en llegando á la edad madura, dejaban estos el arnés por la hopalanda clerical, hacian como quien renuncia de veras á las pompas y vanidades del mundo, aunque pasaran desde el campo marcial á los régios estrados, y entonces solia su musa encapotarse bajo el manto tenebroso de un rígido misticismo, que nos infunde pavor cuando acertamos á adivinarlo por entre el tupido velo de metafísica teológica que lo encubre.—

Nuestros poetas del siglo pasado no eran por

lo general militares ni clérigos: comenzaban por vestir el hábito escolar, que arrastraban con desenfado en las aulas salmantinas, y acababan por embutirse el ropon de los magistrados, ocupando un asiento en nuestras audiencias y chancillerías y en el consejo de nuestros reyes. Mas eruditos que ingeniosos, alcanzaron á imitar bien lo creado, y apenas crearon ellos nada: mas severos que risueños, entregados desde su juventud á estudios graves, y ocupados despues en juzgar las acciones de los hombres, fueron inclinados á examinar la vida íntima de la humanidad; y de ahí esa poesía moral y filosófica, epistolar y satírica que vemos nacida en su tiempo, dulce y tranquila en el regazo de Melendez, enérgica y sentenciosa bajo la pluma de Jovellanos, cáustica en manos de Moratin, irritante y amarga en las de Iriarte, sincera y apasionada en las de Cienfuegos.—

Indudablemente esto era ya haber dado un gran paso para completar la *restauracion* de la poesía castellana, añadiendo á la renovada belleza de sus formas la vida interior y profunda, que segun hemos dicho le faltaba; pero la aparicion de esta musa filosófica no vino adornada con los accidentes, que la hacen poética, sino que convertida en instrumento de censura mas que de consuelo, de doctrina mas que de persuasion, nació y vivió disertadora, produciendo mas discursos que inspiraciones verdaderamente poéticas, y dejando descubrir aquel carácter de sus autores demasiado grave para ser bello, demasiado reflexivo para ser espontáneo, y demasiado adusto para ser persuasivo. Era preciso, pues, un cambio de sociedad: era preciso uno de esos acontecimientos, que agitando repentinamente las ideas y los afectos comunes, trajese en pos de sí una nueva manera de ser, y por consiguiente una nueva manera de sentir, de pensar y de hablar.

Este acontecimiento en nuestra España era la invasion francesa de 1808. La agresion de nuestros vecinos no podia ser mas injusta: el pueblo acometido no podia ser mas altivo, y era ademas el único, que no habia tomado una parte activa y universal en la gran revolucion que agitaba entonces á la Europa. Por consiguiente, en este pueblo nacian afectos nuevos, la indignacion y el entusiasmo: y como el nuevo órden de cosas creaba en él nuevas necesidades, creó tambien nuevas ideas. Este pueblo poseido repentinamente de un pensamiento y de un sentimiento comun debia tener un intérprete, que le esplicase su nueva y propia existencia; asi como este intérprete no podia menos de aparecer, pues que ya contaba con oidos, que lo oyeran y con almas que lo comprendiesen: toda su obra debia ser buscar el lenguaje mas á propósito para que siendo bien entendido, hallase sus ecos correspondientes—ahora bien, como este lenguaje se encontraba en la poesía, hablaron los poetas.—Veamos como lo hicieron.

Animaban por entonces todo el brio y la energía de la edad viril al señor don Manuel José Quintana, laureado ya con la corona de los poetas é inclinado desde sus primeros ensayos á los asuntos graves, y acostumbrado á sentir esas inspiraciones ardientes y profundas, que descubren con su rápida intuicion los misterios de la sociedad y del hombre, que esplican con nervio y claridad sus necesidades y sus instintos, y que hacen de la poesía un órgano de civilizacion tan poderoso y mas universal, porque es mas inteligible, que los tratados filosóficos mas socialistas y humanitarios.—Bien jóven aun, decia el señor Quintana á un amigo suyo estas notables palabras:

Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos, que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean
.....
.....
Ay! los sagrados venerables dias
No son aun, en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán.—

Qué queja y qué prediccion!.....Ellas solas bastarian á justificar el nombre de *cantor filosófico*, que á su autor se da, y son por cierto una reconvencion anticipada á ciertos espíritus preocupados ó descontentadizos, que al ver desaparecer de nuestro parnaso los borregos de Filis y las flechas del travieso Cupidillo, han ridiculizado con una acrimonia inmerecida á los que en época posterior han creido que la poesía tenia que cumplir una *mision*.—Tambien el señor Quintana creia en esta *mision*, y buena prueba daba de ello cuando al ver los enemigos de su patria asesinar á inermes ciudadanos, talar sus campiñas, violar sus esposas é incendiar sus ciudades, pulsaba la lira de Tirteo concitando á la venganza, y diciendo á las huestes iberas

Los altos coronad, henchid los valles.—

Ya conocerá el lector, que hablamos de la célebre oda *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*.—La creemos tan conocida, y nos parece por otra parte tan característica de la poesía del señor Quintana, que ella nos va á servir de tipo para juzgar á este eminente lírico, segun nosotros lo comprendemos.—

Hablando en un artículo anterior de la dañosa influencia que habian ejercido en nuestro parnaso del siglo VIII el rigoroso preceptismo y el criticismo intolerante venidos de Francia, digimos para probar la funesta trascendencia, que esta importacion habia tenido en la espontaneidad de los líricos españoles, que cuando toda la Europa ensayaba una poesía nueva, buscando nuevos acentos con que mostrar su indignacion contra el comun tirano, «nuestra guerra de la *Independencia* tan bella, tan santa, tan poética, tan gloriosa, no produjo mas armonias que el canto moribundo de un viejo ilustre (el conocido himno de Jovellanos) ó algunas odas, en que á despecho quizá de sus autores se deja ver mas la pretension de parecerse á Píndaro ó á Horacio que el género nuevo, enteramente nuevo de poesía, que reclamaba la noble España de 1808.»—Como este aserto alude al señor Quintana lo mismo que á sus contemporáneos, vamos á esplicarlo de una manera estensiva á todos, y lo bastante clara, si nos es posible, para que nadie imagine siquiera suponer en nuestras palabras un desden hacia cosas y personas, que respetamos con el culto debido al talento y al patriotismo.—Consumada por el señor Quintana la fusion de las formas bellas con el espíritu filosófico de la poesía, su grande obra debió ser completar esta feliz combinacion dándole aquel carácter de originalidad, poniéndole aquel sello de españolismo, que evidentemente faltaba á la poesía del *siglo de oro*, y que faltaba mucho mas á la de la *restauracion*. Nosotros concedemos al señor Quintana que ni los tiempos en que adquirió su educacion literaria, ni los hábitos que á la misma debiese, ni las conexiones que le obligaban á respetar los principios y los hábitos de los gefes y sectarios de su escuela le hubiesen permitido intentar la obra que hemos mencionado antes de la guerra de la Independencia; pero llegada esta, cambiada con ella la faz del pueblo español, exaltada su anterior apatía á punto de recibir fácilmente y acoger con entusiasmo las inspiraciones poéticas ¿nó era ocasion de que un talento como el del señor Quintana hubiera inaugurado una poesía tan nueva como lo era la vida española? ¿nó era aquel el momento de abandonar el gusto académico y la poesía erudita, de adoptar las formas y el espíritu de nuestra poesía popular, inoculando asi en nuestro pueblo las aficiones literarias, educando su inteligencia por medio de sus pasiones, y conjurando con tiempo esa abyeccion, esa indiferencia completa con que siguió y hasta cierto punto sigue aun mirando nuestros progresos literarios?

Si un crítico de mala fé concibiese el indigno proyecto de probar que en la oda anteriormente citada del señor Quintana hay mas intencion de ganar un premio académico por medio de una composicion correcta, grandílocua, culta, clásica, que una ardiente y espontánea inspiracion de la ira y el entusiasmo, ¿no encontraria mas de una palabra, mas de un verso, mas de una estrofa, que dieran apariencias de fundada á su maligna suposicion?... Cuando la cólera hierve en el pecho, cuando se siente de veras esa llama del entusiasmo, que agita violentamente cuanto hay en nuestro ser, ¿podemos guardar ese órden rigorosamente lógico en las ideas, esa distribucion metódica de los periodos, esa perfecta combinacion de rimas, esa eleccion de voces que se vén en la oda á que nos referimos? Está nuestra memoria tan fresca para hacer citas tan eruditas, para recorrer esa interminable escala de Dioses y semidioses del paganismo, para recordar

El genio atroz del insensato Atila,
La Furia que el mortífero estandarte
Llevaba de Timur,

y buscar un símil en

Las víboras de Alcides,

y una metáfora tan fria como es

El seno azul de la agitada Tetis?...

No se crea que nos dicta estas observaciones ninguna preocupacion contra determinada escuela ó determinado género literario: para nosotros, todos los géneros son buenos cuando son oportunos, y tan lejos estamos de condenar el que cultivó el señor Quintana, que contariamos por una adquisicion preciosa en nuestra literatura contemporánea al poeta, que apareciese cantando al *mar*, á *la invencion de la imprenta*, al *panteon del Escorial* con el gusto y en la forma que aquel lo hizo. En asuntos de esta especie, creemos que debe ostentar la poesía ese lujo aristocrático de academia, que con tanta pompa sabe desplegar el señor Quintana; pero hay otros asuntos en que debe exigirse á la poesía que se humane alguna cosa, que se democratice un poco, que se olvide de ese compás y esa lima, que si bien contentarán las exigencias de los censores clásicos, no obtendrán el mismo resultado en la inteligencia y la sensibilidad de los que no lo son. El *odi profanum vulgus* del Venusino, quiere como todas las cosas, su sazon y su tiempo.

Amigo sincero y digno partícipe de los laureles poéticos del señor Quintana fué desde la citada época el señor D. Juan Nicasio Gallego, cuya ardiente inspiracion y esquisito gusto, clásico de buena ley le han hecho justamente célebre en los anales de la lírica española, sin embargo de ser tan escaso el número de composiciones, que ha querido entregar á nuestra admiracion. Cantor filosófico, como el señor Quintana, jóven y patriota como él, tambien agitó indignado las cuerdas de su robusta lira proclamando su noble ódio contra los asesinos del *Dos de mayo* en la oda de este nombre, que tan frecuentemente ha sido reproducida en distintas ocasiones por la prensa periódica. Las otras seis escritas en distintos tiempos y ocasiones, mencionadas por su biógrafo el señor don Ventura de la Vega en el *Museo de las familias*, constituyen con la ya mencionada los títulos que el señor Gallego ha adquirido al respeto general, y forman ese ramillete de flores esparcidas, que los amantes de la literatura española debieran haber reunido ya de una manera conveniente, puesto que su autor no ha querido hacerlo, para presentarlas á la juventud por modelo de elocucion, de estro y de armonía. En todas estas dotes se nos figura que el señor Gallego compite ventajosamente con el primero de sus contemporáneos, escediendo desde luego á todos en la espresion de un sentimiento especial, que le es propio, y en el que no tiene rivales, á saber: la ternura profunda, la melancolía espontánea y verdadera, que rara vez aparece con su verdadero colorido en las obras de los que fueron educados por la escuela del pasado siglo. Respondan por nosotros la *elegía á la muerte de la reina Isabel de Braganza*, la inserta en la *corona fúnebre*, y esa bellísima oda al nacimiento de la que es hoy nuestra reina, en que el señor Gallego la saludaba como al íris de libertad y de concordia, postrando ante su brillo una cabeza ya encanecida en medio de los sufrimientos á que le condenáran pocos años antes el despotismo y la discordia. Sentimos en el alma no tener á mano ninguna de las composiciones citadas para copiar algunas estrofas. Hágase un libro, insistiremos una y mil veces, de las obras del señor Gallego, y no faltará seguramente en nuestra modesta biblioteca.

Tambien pertenecia á la época, que nos ocupa, el señor don Juan Bautista Arriaza. Poco diremos de este poeta, porque nada podemos añadir á cuanto respecto de él ha dicho en el primer tomo de este semanario el señor Alcalá Galiano, su biógrafo y crítico. El señor Arriaza no habia llevado las hopalandas escolares, sino que habia pasado su juventud luciendo la *casaca de dos colores de tertulia en*

tertulia: por consiguiente no podian alcanzarle ni los humos filosóficos de los poetas sus contemporáneos, ni los hábitos literarios que éstos debian á su educacion clásica. Dotado de ingenio agudo, de facilidad en versificar, de una erudicion somera, hizo versos como su vida, alegres, juguetones, galantes, ligeros. Sus amores, sus melancolías, sus arranques de entusiasmo, todo lleva cierto sello de facticio, cierto matiz de superficial, que halaga casi siempre los oidos, pero que nos deja el alma y el corazon tan vacíos como si nada hubiéramos leido. En los cuerpos de guardia, en las tertulias de provincia, y donde quiera que no se exija una sensibilidad profunda ó grandes y trascendentales ideas, tendrán y tenian boga efectivamente hasta hace poco tiempo los versos de Arriaza; y como estos por su estructura anti-clásica, por los asuntos sobre que versan, y por su lenguaje popular son muy á propósito para el canto, han sido cantados en efecto unas veces al son del piano y mas frecuentemente al de las modestas guitarras que componen la orquesta de las reuniones de familia. Aun nos parece sentir repetido en mil partes por mil voces distintas el eco de aquel

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues ya anuncia mi partida
Con estrépito el cañon.

El señor Arriaza apuró todas las combinaciones métricas imaginables; desde el endecasílabo *suelto* hasta la letrilla, desde la oda hasta el romance, recorrió todos los géneros, todas las rimas, obteniendo muy pocas veces elevacion en el pensamiento, muchas menos todavía verdadera ternura, pero casi siempre una cadencia agradable, una fluidez prodigiosa. Si hubiera nacido cuarenta años despues, de seguro habria inundado todos los periódicos de la capital y de las provincias con las *plegarias á María*, las quintillas á la *muerte*, los romances á *él* y á *ella* y demas composiciones de este jaez, que salieron en el primer periodo de la última década, como un rio desbordado, de las aulas universitarias, de las oficinas de hacienda, y de todos los puntos en fin donde brotaban esos *genios malditos sobre la tierra*, que estaban, como dice el *Curioso parlante* entre la *palmeta* y el *barbero*.

Ya que vamos recorriendo el periodo de nuestra historia literaria inmediatamente anterior al presente, debiamos mencionar las poesías primeras del señor Martinez de la Rosa y del duque de Rivas; pero respecto al primero, como él con sus obras posteriores nos ha dado derecho á tenerlo por nuestro contemporáneo, le pediremos cuenta de su vida pasada cuando nos toque hablar de la presente: y respecto del segundo, ademas de militar la misma razon, no queremos por ahora darle el pesar de hablarle de aquellos tomitos de sus poesías publicados el año de doce, que, segun tenemos entendido, quisiera el señor duque hundir bajo siete capas de tierra.—En el artículo inmediato hablaremos largamente de este insigne poeta, considerando la transicion de sus principios literarios, el espíritu de sus poesías líricas, la respectiva comparacion entre antiguas y las modernas, y últimamente la influencia de estas últimas en el desarrollo de la espantosa crísis literaria, á que estamos asistiendo hace diez años.

La escena cambia: aparecen nuevos actores. Vamos á contar su vida y á dar razon de sus obras.

GAVINO TEJADO.

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS Y REVISTA TEATRAL Y LITERARIA.

Mientras se disponen los duques de Nemours y de Aumale á asistir á las grandes maniobras militares que deben tener lugar en Burdeos, presencia la reina Victoria desde un yatch real diversas maniobras navales: Continúa acreditada la noticia de que la soberana de los tres reinos debe visitar al rey de Prusia.

Su Magestad la reina doña Isabel II ha salido en fin de Cataluña, llegando con toda felicidad á la capital de Aragon, donde reunidos ya todos los ministros se celebran frecuentes consejos para ventilar negocios de la mas alta importancia. Es notable la despedida que hizo á la reina la música del regimiento que montaba la guardia de palacio el dia que estuvo á punto de volcar el coche régio. Gustó sobremanera una composicion de un acreditado maestro titulada *El triunfo español*, en que se imita el silencio de la noche, el toque de diana, las marchas guerreras de los combatientes, el choque de las armas, el galope de los caballos, el estampido de los cañones, el tropel y la confusion de una batalla, hasta que al fin suena el himno marcial de los vencedores. Grandes elogios hacen de esta composicion los periódicos de Barcelona.

Continúa M. Rossi en Roma aun despues de terminada felizmente su mision relativa á la espulsion completa de los jesuitas del territorio de Francia. Se dan diversas interpretaciones á la permanencia del embajador francés en la capital del mundo cristiano. Ningun resultado ofrece la permanencia en el mismo punto del señor Castillo y Ayensa.

Siguen ocupándose los periódicos de Madrid de la ley de imprenta, del sistema tributario, y del viaje de S. M. á las Provincias Vascongadas, asegurándose por algunos que los duques de Nemours y de Aumale visitarán á la reina de España en Bilbao, San Sebastian ó Tolosa.

Segun las noticias últimamente recibidas se ha celebrado en la capital de Manila la declaracion de la mayoría de Isabel II con solemnes fiestas y regocijos que han demostrado una vez mas la acrisolada lealtad de aquellos habitantes.

Concurrido y brillante ha sido el besamanos habido en el palacio de San Juan, mansion del infante don Francisco, el dia 24 de julio en celebridad de los dias de la madre de nuestra augusta reina: asistieron grandes de España, jefes militares, magistrados, hombres políticos, y notabilidades de otras carreras.

CORTE DE LA REINA VICTORIA.

Brillante triunfo ha alcanzado la señora Bertholini de Rafaeli en Cádiz en la ópera de *Beatrice di Tenda*: ha gustado mucho su voz fresca, argentina y sonora, su facilidad en los puntos altos, su ejecucion y buen gusto de canto; cualidades ya reconocidas y apreciadas en Madrid al hacer su primera salida en el *Giuramento*. Por fortuna la Bertholini de Rafaeli se halla escriturada en el teatro de la Cruz, donde cantará desde setiembre hasta marzo.

Se puso en escena en el teatro del Circo, segun teníamos anunciado, *I due foscari*. Esta ópera lleva el sello peculiar de todas las composiciones de Verdi, distinguiéndose principalmente por la riqueza de su instrumentacion como el Nabucco, el Hernani y los Lombardos, y por la originalidad de sus piezas concertantes. Fué bien cantada en general por todos los artistas: figuró Salvatori como el héroe de la fiesta. Saludóle el público con estrepitosos aplausos apenas se presentó en escena, espresándole así los gratos recuerdos que habia dejado entre los filarmónicos de la córte de España. Repitiéronse los aplausos en el curso de la representacion, y la ópera obtuvo un éxito escelente. Salvatori siempre el mismo, actor escelente, artista consumado: como cantante su voz sigue pagando tributo á la fragilidad de la naturaleza humana. *I due Foscari* ha logrado numerosa concurrencia en todas sus representaciones.

En la tarde del jueves tuvo lugar en la plaza de toros una corrida de becerros en que varios aficionados tomaron parte, hallábanse pobladas todas las localidades, puestas al despacho; picaron entre otros los señores Cachena y Tenorio, banderilleó el señor Besuguillo, y mataron los señores Arraiz, Montemar y otro caballero cuyo nombre no conservamos en la memoria; pocos lidiadores dieron señales de destreza; todos las dieron de impavidez y arrojo.

Dentro de breves dias debe ver la luz pública la primera entrega de una obra notable cuyo título es *Toledo pintoresca*, original del distinguido y laborioso escritor D. José Amador de los Rios, secretario de la comision central de conservacion de monumentos. Saldrá á luz esta obra de las prensas de D. Ignacio Boix, y hablarémos de ella detenidamente luego que se hayan publicado algunas entregas.

Se ha repartido el núm. 3.° del *Siglo pintoresco*, periódico notable por la perfeccion de sus láminas grabadas en madera: ha concluido en este número el romance de D. Agustin Duran sobre la *Historia de la Infantina de Francia*, y continúa la novela titulada *Misterios del corazon*, original del señor Navarrete.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.
Calle de Carretas, números 8 y 35.